

disolución. Se impone una restauración testicular y fálica y, en este sentido, el modelo del regenerador no está lejos de las fantasías heroicas y mesiánicas del naciente fascismo.

Volver a la naturaleza y restaurar las jerarquías naturales de modo que se resitúen los hombres conforme a sus desigualdades innatas, es un postulado nietzscheano. A partir de aquí, Lawrence, sin embargo, prefiere la mayor parte de las veces hundirse en la inmanencia individualista que optar por una empresa de regeneración nacional de tipo autoritario y racial (la raza también pretende ser un concepto «natural»).

«Un hombre no es para nada mejor que otro, no porque sean iguales, sino porque son intrínsecamente *otros*, porque no hay término de comparación», dice Birkin, y concluye: «Tan pronto como empiezas a comparar a un hombre resulta ser mucho mejor que otro; toda la desigualdad que puedas imaginar se encuentra allí por naturaleza.»

Lawrence, en lo individual como en lo social, desconfiaba radicalmente de la historia. Soñaba con una revolución anarquista e inmisericorde, con un apocalipsis al que no querría asistir, pero que fuera capaz de regenerar el tiempo, renovarlo de raíz y permitir una nueva cuenta desde cero.

Como para Nietzsche, para nuestro escritor las relaciones humanas son relaciones de poder, en que la moderna democracia ha instaurado instituciones que enmascaran su desnuda violencia. Por eso ve que el sistema político de su tiempo y su medio es naturalmente perverso, involucrando en la perversión los valores que soporta: tolerancia («La plaga moderna: tolerar lo repugnante»), la nación, el patriotismo, el militarismo, la humanidad. Él prefiere la nobleza, aunque advierte que las aristocracias han vendido sus prerrogativas al dinero y abandonado su rol ejemplarizador. Se imagina un francotirador, un marginal, un *outsider* cuya misión, paradójicamente, es recuperar a los dioses auténticos y desplazar a los falsos (¿por qué medios, por la escritura, tal vez?).

Así es que le escribe a la Morell el 15 de febrero de 1916:

Me siento muy antisocial. Estoy contra ese conjunto social que existe hoy. Desearía que uno pudiera ser un pirata o un salteador de caminos en estos días... Yo me siento fuera de la ley... Que estas gentes de rebaño dejen vía libre para algún otro, algunos pocos, más fuertes, menos cobardes.

Clifford es, en este sentido, el anti-Lawrence, pues él cree que aristocracia y masa son roles eternos, naturales, propios de la especie animal llamada humanidad. El rol conductor, ejemplarizador y educador de la clase alta excluye el valor del individuo y la posibilidad de descender «hacia adentro» hasta el suelo natural del hombre.

También cierta dialéctica de los tipos históricos parece cercana a la teoría nietzscheana del dualismo Apolo-Dionysos. El primero sería lo que Lawrence llama el principio nórdico, vinculado a la raza blanca, a Europa, el culto fálico por lo gélido-destructivo y lo níveo-abstracto; el segundo, el principio africano, la destrucción solar, el misterio pútrido, los enigmas sin mentalidad y la mente puramente sensual. El varón y la hembra, dos maneras de sostener la guerra de la vida, dos maneras de morir.

¿Hubo reconciliación entre opuestos, dentro del tragicismo lawrenciano? Tal vez sólo un esbozo que miraba hacia Oriente, hacia el ideal de una vida esotérica, privada

de deseo y, por lo mismo, de tensiones vitales que intentaran eludir la muerte. Lawrence estaba preocupado por los arquetipos de Jung y por el aura que rodea a los seres vivos, cuando la tisis se lo llevó al otro lado del espejo.

5

Lawrence ronda un tema que advierte y no medita, pero que está suficientemente intuido en sus fábulas como para perfilarlo sin forzar los términos: la radical insocialidad del deseo, que se convierte en el Gran Sujetador del cual los sujetos son identidades y máscaras fugitivas. Vimos algún ejemplo, pero hay más.

La sociedad, generalmente de modo tradicional, provee de tipos de identificación en los que el deseo se refugia y anima a ese afecto de significación que llamamos individuos. Si consideramos que el deseo es sagrado, como cree Lawrence, entonces aparece una anónima divinidad (la que debemos restaurar en contra de las religiones institucionales), ese dios desconocido que late detrás de los dioses reconocidos y que es una suerte de dispersa divinidad de la cual somos, los hombres, la incompetente parodia borgiana.

El siglo XIX intentó sujetar a este dios desconocido, dándole las especies del espíritu absoluto en Hegel, de la historia en Marx, de la evolución natural en Spencer, Darwin y Comte. En los años de Lawrence estas divinidades estaban wagnerianamente extenuadas y marchaban hacia su *Götterdämmerung*, un apocalipsis que muchos confundieron con la guerra europea o la revolución rusa. Hoy debemos aceptar que siguen en pie, aunque el Olimpo se ha enriquecido con nuevos dioses, no todos igualmente amables.

¿Es Cipriano el dios de las flores, Ramón la serpiente emplumada, Kate la Malintzi, Mellors el violador sagrado o el instrumento de que se vale la *mantis religiosa* para ser fecundada en un vertiginoso vuelo nupcial, es el macho el siervo del pene, que se rebautiza John Thomas, y la hembra la sierva de la vagina llamada Lady Jane, son los sexos auténticos dioses, terribles, inocentes, tremendos y dignos de adoración, como los dioses? ¿Es la identidad profunda la denuncia de la pauta y la obediencia al deseo, como propone Birkin?

Hombre y mujer son vistos por Lawrence como criaturas sedosas y promiscuas, agitadas por el viento del impulso, que intentan aferrarse a la continuidad de la pareja, a veces hasta del matrimonio, de la apropiación que se confiesa en las audaces e incompetentes palabras: «Mi amor, amor mío.» Solos y enemigos, los sujetos individuales intuyen un más allá del yo que sea, tal vez, el lugar del definitivo amor, el que no tiende a nada, porque ha llegado a serlo todo, a ser nada.

El principio de individuación ha establecido los papeles subjetivos sobre un fondo caótico, pero en el sexo el caos residual sigue pugnando, insociable, insocial. Por debajo de las máscaras identificatorias sigue circulando el impulso, siempre anómalo, anormal, extraordinario, proponiendo, como una tentación, lo absoluto, la disolución (¿acaso los moralistas no hablan, también, de la disolución como lo malo?) La mujer en esto lleva ventaja, pues es la base elemental que se resiste a la normalización propuesta por la mente, que es masculina. La mujer es el gran depósito y la gran

esperanza de paganía que se opone al cristianismo, es decir, al dominante espíritu de negación (al espíritu dominante, que todo lo niega, lo acaba de decir el demonio goetheano).

La regeneración será obra del falo, pero como instrumento del útero. Del santo violador, pero como medio de la Gran Madre iniciática que nos dará el Segundo Nacimiento.

En las tinieblas universales hay una serpiente de fuego que se constituye en el centro y de ella parten los radios del nuevo cosmos.

En la superficie de la tiniebla, el hombre y la mujer navegan, como Tristán e Isolda, sobresaltados de preguntarse, a cada rato, *¿Dónde estamos?*

Habían olvidado dónde estaban, todo lo que era y había sido, conscientes sólo en su corazón, y allí, conscientes sólo de esta trayectoria pura atravesando la abrumadora oscuridad. La proa del barco se hundió con un débil ruido de rasgar la noche completa, sin saber, sin mirar, sólo subiendo y bajando al ritmo de las olas. En la oscuridad se divisaban luces bajas. Era el mundo otra vez. No era el júbilo del corazón de ella ni la paz en el de él. Era el mundo superficial e irreal de los hechos.

El barco llega a Ostende, al *Ost-Ende*, el confín oriental donde se supone anida el sol. Es la luz matinal que temen Tristán e Isolda desde la maraña oscura y maternal del adulterio.

Perdido en una creación que le resulta misteriosa, el hombre se somete al deseo como a un destino. Indiferente y extraño, habitado por el deseo que es una suerte de Gran Otro, el amante avanza hacia la amada que se abre con resignación. Sólo hay una certeza, la verdad de la muerte. Si el hombre, nada en comparación con la desmesura de lo enigmático, no fuera necesario al conjetural inventor del tinglado, ¿qué?

BLAS MATAMORO
Cuadernos Hispanoamericanos
Instituto Iberoamericano de Cooperación
Avda. Reyes Católicos, 4
28040 MADRID

NOTA BIBLIOGRAFICA: Kate, Ramón y Cipriano son personajes de *La serpiente emplumada* (traducción de Carmen Gallardo de Mesa, Losada, Buenos Aires, 1940). Birkin, Gerald, Gudrun y Ursula son personajes de *Mujeres enamoradas* (tr. de Antonio Escohotado, Turner, Madrid, diversas ediciones). Clifford, Mellors, Connie y la señora Bolton, de *El amante de Lady Chatterley* (tr. de Andrés Bosch, Planeta, Barcelona, 1982). *El hombre que murió*, *El hombre de las islas* y *Cristo y Pan* están editadas por Losada, Buenos Aires, 1960, en la traducción de Patricio Canto. Las citas epistolares son de la *Correspondencia*, prólogo de Aldous Huxley, tr. de Narciso Pousa, El Laberinto, Barcelona, 1984 (dos volúmenes).